"... a las mujeres se nos plantea siempre un doloroso dilema: ser amadas o ser creadoras."
Amparo Espinoza Rugarcía

El doloroso dilema de las mujeres: ser amadas o ser creadoras

M.A. Lilia Granillo Vázquez

Más que un acto de acercamiento erudito, conocer la opinión de las demás acerca de la propia identidad es una forma de relacionarnos con los demás, de unir continentes. La intención es ofrecer ideas y conceptos que sirvan para comprendernos mejor, para poder convivir mejor, para poder amarnos a nosotros mismos y a los demás, puesto que nadie ama lo que no conoce. Deseo destacar lo significativo que puede resultar descubrir la mirada que críticos y críticas estadounidenses han hecho sobre el feminismo mexicano.

Además, para poder replicar hay que saber cómo nos perciben. Desde el otro lado del Río Bravo, Alan Riding —en su libro *Distant neighbors, a portrait of the mexicans,* que en su primera versión al español, en 1985, alcanzó siete reimpresiones en siete meses: *Vecinos distantes*—[1] comienza con la siguiente percepción alarmista:

> Probablemente en ningún lugar del mundo vivan, lado a lado, dos países tan diferentes como México y Estados Unidos. Al cruzar la frontera, digamos, de El Paso a Ciudad Juárez, el contraste es impactante: de riqueza a pobreza, de organización a improvisación, de sabores artificiales a especias picantes. Pero las diferencias físicas son menos importantes. Probablemente, en ningún lugar del mundo dos vecinos se entiendan tan poco. Más que por niveles de desarrollo, los dos países están separados por lenguaje, religión, raza, filosofía e historia. Estados Unidos es una nación que apenas cuenta doscientos años y está ya sobre el siglo XXI, México tiene varios miles de años y sigue sujeto a su pasado.

Por afirmaciones como ésta me interesa mencionar la manera en que los vecinos del norte perciben la nueva identidad de las mexicanas. Una de las tesis más comunes sobre nosotras y la lucha por nuestros derechos parte de la percepción de "cierta debilidad en el feminismo latinoamericano". Luego de la década de las contraculturas, ya desde 1973, en un artículo muy conocido que se titula "Marianismo: the other face of machismo in Latin America",[2] Evelyn Stevens se preguntaba consternada por esa "debilidad" del feminismo. Y se contestaba que se debía al poder casero que las mujeres latinoamericanas ejercían de manera efectiva en los hogares. Supuestamente los machos latinoamericanos mandan —decía Stevens dos años antes del Año Internacional de la Mujer—, pero en realidad, la "superioridad espiritual femenina", aceptada sin mayores dudas por las y los latinoamericanos, prevalece en el hogar.

Otros autores y autoras estadounidenses contribuyeron a concedernos esta identidad teóricamente. La peculiar manera de ser de las mujeres latinoamericanas fue bautizada como "marianismo", contraparte del machismo. También por entonces, Jane Jacquette sostenía una tesis parecida, en *Literary Archetypes and Female Role Alternatives: the Woman and the Novel in Latin America*. Según Jacquette, el poder de las mujeres latinoamericanas trascendía el ámbito tradicionalmente restringido al hogar. En ese volumen publicado en Pittsburgh, esta crítica advierte la importancia de la institución familiar al sur del Río Bravo, y asegura que muchas decisiones económicas, políticas y pertenecientes a lo público, se discuten y se consideran en el seno de las familias latinoamericanas, y que en ese seno, las mujeres son desde consejeras hasta manipuladoras de sus hombres.

Las latinoamericanas —según esta visión estadounidense— no tenían necesidad de un feminismo fuerte que les concediera poder, pues ya lo ejercían desde la cocina y la cama. Así, mujeres como nosotras, no teníamos necesidad de liberarnos de las cadenas domésticas, pues no eran cadenas, eran la fuente de nuestro poder.

Casi un lustro ha transcurrido desde la tesis del marianismo lati-

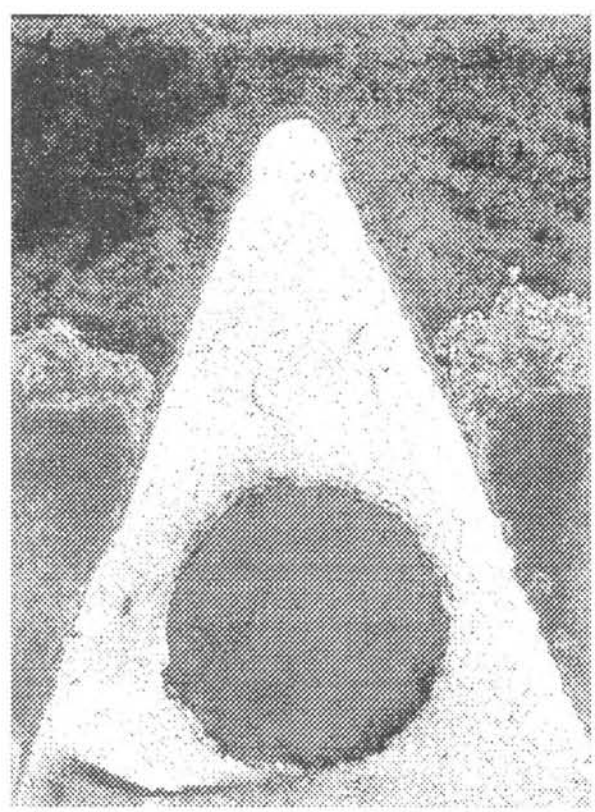
noamericano. Sin embargo, aún persiste la noción de que las mujeres en Latinoamérica somos mujeres postcoloniales. Es decir, que participamos de una identidad propia de países que han pasado por largas etapas coloniales y que, por lo tanto, algo modificadas, las estructuras coloniales aún están presentes en nuestra cultura y en nuestra vida. En 1992, Debra A. Castillo así lo expone al inicio de su magnífico libro *Talking back, Toward a Latin American Feminist Literary Practice*.[3]

> Con relación a las particularidades en la vida de las mujeres latinoamericanas, los latinoamericanistas necesitan explorar las cuestiones concretas de la oposición o complicidad femeninas hacia los órdenes establecidos, y las relaciones de esta oposición o complicidad con las estructuras específicas de lo social, lo histórico, lo político y lo legal en cada uno de esos países. Es decir, cómo el problema de un colonialismo persistente en algunos campos se entrecruza con las estructuras postcoloniales en otros.

No dudo que exista una que otra latinoamericana que sea mujer postcolonial.[4] Sin embargo, creo que esta visión estadounidense acerca del feminismo latinoamericano es incompleta, por no decir distorsionada. No todas las latinoamericanas somos postcoloniales ni nuestro feminismo es débil. Yo creo que "esa complicidad femenina hacia los órdenes establecidos" no es una actitud que compartan todas las mujeres en América Latina.

Circunscribo el problema al ámbito de las relaciones laborales. Quiero centrarlo en la figura de las empresarias, pues el enigma de María Antonieta Rivas Mercado, conocida como la primera empresaria cultural mexicana, me acerca a la literatura.

Tomé la siguiente afirmación de una publicación mexicana especializada, cierto artículo —escrito por una mujer—. Lleva por título una provocación: "Los hombres en el camino de ser el segundo sexo".[5] Bajo el subtítulo: "Crece en el mundo desarrollado un fenómeno revolucionario: los hombres ceden posiciones a las mujeres", proporciona los siguientes datos que resultan más que elocuentes:



> En México, el efecto feminista llega con un retraso de casi medio siglo. Sin embargo, una revolución universal no podía dejar al margen la mitad de la población de este país, donde la estructura "patriarcal" explica el porqué del rezago. Aunque es para tomarse bastante en serio el hecho de que las mujeres trabajan 67% del total de las horas laborables, pero que perciben sólo 10% de los beneficios, y que son propietarias tan sólo del 1% de los bienes...

Empresarias o trabajadoras-neocolonialistas

En otro artículo especializado,[6] la antropóloga Margarita Román Caballero proporciona otros datos reveladores. "Por cada 100 mujeres mayores de 12 años que buscan trabajo o que trabajan algunas horas a la semana o al mes (el 19.6% de la población femenina) hay 326 hombres económicamente activos". Por otro lado, "las ocupaciones principales de la mujer la sitúan en posiciones bajo la tutela de los hombres. 55% son oficinistas, comerciantes y dependientas o trabajadoras domésticas y de la educación. 70% de las mujeres trabajadoras se localizan en los sectores del comercio y servicios y 21% en el sector de la industria manufacturera, principalmente". Esta desigualdad en la participación en la vida pública nacional se refleja también en la vida política. "Datos de 1994 revelaron que las mujeres son el 52% de la fuerza electoral. Sin embargo, sólo 6% de los puestos altos de dirección (poder ejecutivo, presidencia y secretarías de estado) están ocupados por mujeres. Menos del 10% ocupan escaños en el senado y entre el 10 y el 12% en la cámara de diputados. En el servicio exterior se da también la desigualdad: salvo los puestos técnico-administrativos (las secretarias) la participación femenina es tan sólo de alrededor de 12% en la rama diplomática-consular".

¿Cómo explicar la discrepancia entre el 67% de las horas laborales y el reducido acceso a la toma de decisiones? Román Caballero asegura: "La desigualdad en la participación de la mujer en la vida pública nacio-

nal es, sin duda, el origen de su debilidad".

La desigualdad es ante todo una cuestión política y económica, no sólo de actitudes neocolonialistas en las latinoamericanas. A esta desigualdad no escapan las empresarias. En su artículo "Mujeres empresarias en México",[7] Gina Zabludovsky apunta que la presencia de mujeres ejecutivas entre los puestos directivos del sector privado apenas alcanza un 13.7%, mientras que en el sector público es de 20.67%. Más aún, el análisis de las 599 empresas más importantes del país (según la *Revista Expansión*) puso al descubierto la ausencia de las mujeres. "Todos los directores generales de estas compañías son hombres. En este sentido, la situación en México es más drástica que la de otros países como Estados Unidos y Argentina, en donde aunque en porcentajes mínimos —el 5% y el 2.5% respectivamente— sí se llegan a encontrar algunas mujeres como directoras generales de grandes compañías.

En su trabajo "Techos de cristal: las mujeres ejecutivas y los límites en las organizaciones",[8] asegura Griselda Martínez Vázquez que entre los rasgos del cambio cultural en nuestro país está "la presencia de mujeres en la dirección empresarial, actividad identificada tradicionalmente con el género masculino. Las mujeres que llegan a desempeñar puestos de poder y liderazgo han resignificado su identidad y han roto estereotipos tradicionales identificados con la mujer. Pero independientemente de que algunas mujeres llegan a los altos puestos de la organización de las empresas, requieren trascender los límites invisibles que la propia sociedad les impone, como propiciadora de una competencia desigual entre los géneros".

Empresarias de la cultura porfiriana

Mi especialidad es el campo de las letras, y en él, la expresividad femenina. Me ocupo de las empresarias culturales en tanto que promotoras de la expresividad. Y me preocupo por su ausencia en los puestos gerenciales en el campo cultural a finales del milenio debido a que no siempre fue así.

Salto ahora a otro siglo y a otro contexto para tratar de explicarme aquello del 67% de las horas laborables y el 1% de las propiedades.

Una investigación sobre la poesía femenina mexicana del siglo pasado me ha llevado a descubrir que desde mediados del siglo XIX tanto en la capital como en los estados de la república escribían y publicaban muchísimas mujeres, poetisas que llegaron a ser muy reconocidas en la vida literaria nacional, cuya fama llegó a trascender incluso al resto de América y a España. Estas poetisas, galardonadas y reconocidas por escritores famosos como el propio Ignacio Manuel Altamirano, José María Vigil, Ignacio Ramírez y Francisco Sosa, entre otros, no trascendieron, sin embargo, a nuestro siglo. Para decirlo rápidamente, una nómina de más de 100 poetisas desapareció de los libros de historia literaria del siglo XX. Como en las 599 empresas de la *Revista Expansión*, en las historias literarias de nuestro siglo no aparecen las mujeres. Me intrigaba más aún darme cuenta de que muchas de estas poetisas se convirtieron en empresarias culturales. Y que fueron mujeres famosas, de éxito, que llegaron incluso a tener empresas editoriales con sus maridos o hermanos y mantenerse con las ventas de sus publicaciones.

Una de las primeras empresarias culturales fue Esther Tapia de Castellanos (1842 • 1897), michoacana, avecindada desde los 16 años en Guadalajara. Participó activamente en la aventura empresarial de editar una revista, *La República Literaria*. José López Portillo y Rojas cuenta en la presentación de la nueva publicación que antes de acometer la empresa solo, pensó en su amiga, la señora Tapia de Castellanos, para formar parte del grupo encargado. De ella, decía Francisco Sosa, "nunca se alejó de sus deberes maternales, y que primero atendía las calenturas de sus pequeñines y les daba sopa de pollo en la boca, para correr después a escribir sus poesías y leer las pruebas de imprenta".

Otra notable empresaria fue Ángela Lozano, primera mujer en encabezar un cuerpo de redactores en un periódico mexicano. En 1873 apareció *El Búcaro*, suplemento de *El Correo del Comercio*, y la historia del periodismo en México considera a Ángela Lozano como "una de las primeras periodistas mexicanas" (Enrique Álvarez Barajas, *et al.*, *Ciencias de la comunicación*, UNAM, 1976, p. 88).

También notables fueron las empresarias detrás de los tres proyectos culturales femeninos característicos del XIX, revistas cuya larga vida, número de suscriptoras y suscriptores, y amplia recepción cultural indican el éxito empresarial. Me refiero a la triada formada por *El Correo de las Señoras* (12 vos, 10 años de vida, un propietario: José Adrián Rico, luego su viuda lo hereda, no se sabe cuál es su papel, pero la página legal señala a un administrador con colaboradoras), *El Álbum de la Mujer* (14 vos, más de 7 años, directora propietaria Concepción Gimen de Flaquear, una aragonesa que llegó a México en compañía de su esposo, el periodista y escritor

Francisco de Paula Flaquear, que colabora, pero no administra el diario) y el popular *Las Hijas-Violetas del Anahuac*, fundado por Laureana Wright de Kleinhans (las páginas legales indican "director y administrador, Sr. Ignacio Pujol, directora literaria del primer tomo, Laureana Wright, del segundo tomo hasta el final Mateana Murguía de Aveleyra".

Comparada con la de las primeras décadas del siglo XX, la presencia femenina en la cultura mexicana durante el porfiriato fue enorme. Pero está claro que durante y después de la revolución mexicana las plumas femeninas se quedaron sin imprentas y las revistas sin empresarias.

Las empresarias decimonónicas vivieron larga vida y sus empresas no sufrieron persecuciones ni violencia contra las mujeres. Deseo recordar aquí el final de María Antonieta Rivas Mercado: despojo financiero, desesperación, soledad, suicidio. Recuerdo también que mientras la señora Murguía de Aveleyra narra en la crónica de *Las Violetas* cómo su marido, periodista también, la apoyó en una campaña para elevar el salario de las maestras, el marido de Antonieta, el señor Blair, le quemaba sus libros.

Recuerdo a López Portillo corriendo por las calles de Guadalajara para pedirle a su amiga que lo ayude en una empresa cultural. Y recuerdo a María Antonieta Rivas Mercado en la titánica empresa del "Ulises", cosiendo el vestuario, traduciendo piezas dramáticas, actuando. Revolución de por medio, ¿por qué mientras que a Mateana y a Laureana, la sociedad las recibe jubilosas, a Antonieta, su heredera, su descendiente cultural, esa sociedad la repudia y la asesina? ¿Se deberá esto solamente a las azarosas circunstancias de la lucha violenta?

El durante y después de la revolución mexicana coincide con un silencio femenino y una ausencia empresarial de varias décadas. ¿Fue la revolución mexicana el techo de cristal de las empresarias culturales? Un techo de cristal, un obstáculo para el crecimiento, invisible, que no sé, pero que se siente e innegablemente aprisiona. Las mexicanas volverán a publicar y a ser reconocidas por los hombres escritores hasta la revista *Rueca*, en la segunda mitad de nuestro siglo.

Las empresarias culturales como Alarde Foppa y su revista *Fem*, o Marta Lamas y su *Debate feminista* son muy posteriores, productos de la violenta década de las contraculturas. Actualmente no existe una actividad empresarial femenina —en el ámbito de la cultura— equiparable en cantidad y calidad a la desplegada a finales del siglo XIX.

Me asalta otra interrogante: ¿por qué si he encontrado tantas poetisas y poesías de finales del XIX, luego de la primera década del XX, se impone el silencio a la expresión poética y desaparecen las empresas culturales? Tras la copiosa participación femenina en el segundo romanticismo —porfiriato—, se nota un retroceso, una involución en el acceso a la voz pública y el reconocimiento oficial del quehacer literario y cultural de las mujeres.

Esta idea de la involución en el desarrollo femenino me fue sugerida por Susan Faludi, feminista estadounidense, que es una estudiosa de las cuestiones de género. En su libro, *La guerra contra las mujeres, la reacción encubierta de los hombres frente a la mujer moderna*,[9] señala:

> Una reacción contra los derechos de las mujeres no es nada nuevo en la historia norteamericana. En verdad, se trata de un fenómeno recurrente: regresa cada vez que las mujeres comienzan a hacer algún avance hacia la igualdad, como una inevitable escarcha temprana para los breves florecimientos del feminismo en la cultura. "El progreso de los derechos de las mujeres en nuestra cultura, a diferencia de otros tipos de progreso, siempre ha sido extrañamente reversible... Mientras los hombres avanzan en su modo de desarrollo construyendo sobre las tradiciones heredadas —escribe el historiador de las mujeres Dale Pender— las mujeres están confinadas a ciclos de pérdida y encuentro."

Me digo que sí, que Faludi tiene razón, que si en la historia de las mujeres de Estados Unidos hay involución, también la puede haber en la historia de las latinoamericanas. Creo que ese modo de compartir problemas es ya una relación que nos acerca.

Para finalizar, me pregunto con qué tipo de techo de cristal se encontrará una escritora que me parece excepcional, y que sin embargo ha sido invisible para la crítica literaria, y en consecuencia, para el mercado. También me pregunto qué cristal impide que sus libros (tanto los de su autoría como los de su editorial) se vendan en *Sanborns*, primera gran librería en México. ¿Será acaso porque a esta mujer se le ocurrió también ser empresaria? ¿Será significativo que la editora de su primera novela sea igualmente una ejecutiva de las letras, cuyo viaje hacia el propio interior —un viaje de liberación incluso para las feministas radicales como Gloria Steinem—,[10] queda declarado en las siguientes palabras:

> Tengo treinta y seis años y he vivido entregada a ascender en los puestos de esta empresa y lo

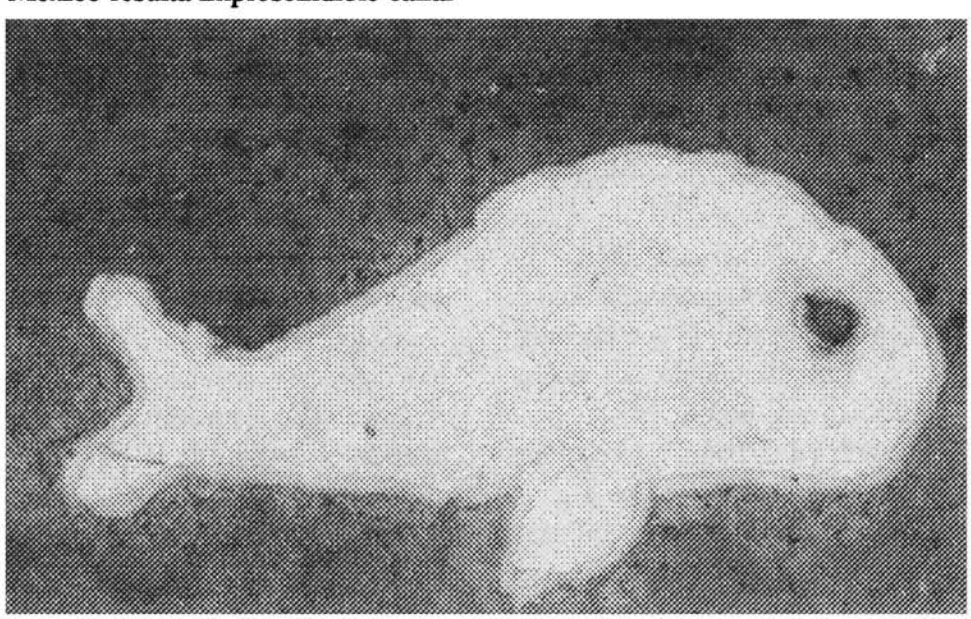
> he logrado. Ahora ocupo la gerencia editorial. Pero ¿y si me pregunto quién soy? Sólo veo a una mujer en espera permanente, yendo de la casa al trabajo, atendiendo a sus padres y soslayándose detrás de dictámenes sobre las vidas de otros. Éstas son las primeras líneas que escribo sobre mí....[11]

Imposible dejar de asentar aquí el párrafo completo donde la protagonista descubre el doloroso dilema de las empresarias culturales del "México real, real":

> Ayer di la primera conferencia del semestre. La preparé con cuidado. Mi punto, que todavía no entiendo cómo se me ocurrió, fue que a las mujeres se nos plantea siempre un doloroso dilema: ser amadas o ser creadoras: Las artistas de cine y de teatro lo trascienden porque su trabajo consiste en ser sexualmente atractivas, lo que socialmente significa ser dignas de amor. Cuando creamos relegamos a segundo término el deseo de atraer sexualmente, con el peligro inconjurable de dejar de ser amadas. Pero si renunciamos a la creación simplemente dejamos de ser personas.

Por razones tal vez inconfesables, para la cultura y la sociedad en México resulta imprescindible callar a las mujeres. En especial, parecen ser peligrosas las empresarias culturales. La cultura, la visión del mundo se construye mediante el discurso: *verba volant, scripta manen.* Y también se destruye y transforma mediante las palabras impresas. Confirmo mi intuición de que la escritura es una fuente de poder con límites para las mujeres. Y los techos, aunque sean de cristal, ponen un límite al crecimiento y a la expansión. Tal vez se trata de nuevas "jaulas de oro". He ahí una tarea más para los estudiosos del género y los feminismos: volver visible lo invisible, marcando los techos de cristal y todo tipo de sometimiento contrario a la libertad. Gracias a Dios que la liberación femenina no ha sido en vano, ni es una historia olvidada.

En el tercer milenio la contracultura avanza de manera sostenida. Además de la impostergable toma de conciencia, ahora se cuenta con la solidaridad de los hombres y las mujeres que creen en la igualdad de derechos para ambos géneros y el respeto a la diferencia. La cultura empresarial del futuro dará la bienvenida a las mujeres como empresarias, colegas y complementos indispensables, dejará de considerarlas rivales indeseables. ♦



Notas

[1] Alan Riding. *Vecinos distantes, un retrato de los mexicanos.* Joaquín Mortiz/Planeta, México, 1985, p. 11.

[2] Evelyn Stevens, "Marianismo..." en Ann Pescatello (ed.). *Female and Male Latin American: Essays.* Pittsburgh, 1973, pp. 89, ss.

[3] Debra A. Castillo. *Talking back: Toward a Latin American Feminist Literary Criticism.* Cornell UP, Estados Unidos, 1992, p. 10. La traducción al español es mía.

[4] Cfr. mi ensayo "América latina: identidades y nacionalismos". Conferencia magistral leída el 17 de octubre de 1997 en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Estado de México, en el Primer Congreso de Relaciones Internacionales, Comercio.

[5] Marta Roa Limas, "Los hombres en el camino de ser el segundo sexo", *Médico moderno.* Año XXXV, no. 9, marzo de 1997, México, pp. 8-15.

[6] Margarita Román Caballero, "Mujeres fuertes y solidarias" en *Cuestión social.* Año 5, no. 1, primavera (marzo-junio) de 1997, p. 58.

[7] En Estela Dillanes Cisneros (coord.) *Memoria del Coloquio "La perspectiva femenina del trabajo gerencial en México".* Vol. II, p. II-1 a II- 25, Departamento de Administración, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México, noviembre de 1996.

[8] Presentado en el coloquio *Supra Vid.*

[9] Susan Faludi. *La guerra contra las mujeres, la reacción encubierta de los hombres frente a la mujer moderna.* Planeta, Premio Pulitzer, México, 1992, p. 65.

[10] Gloria Steinem. *Revolución desde adentro, el más formidable libro de autoestima que se haya escrito jamás.* Atlántida Océano, México, 1996.

[11] Amparo Espinoza Rugarcía. *Talladoras de montañas (mujeres encintas de amor),* editorial Diana, México, 1997. Se trata de su primera novela. Amparo dirige la empresa Documentación y Estudios de Mujeres, A. C. (DEMAC) que es también una editorial y promueve culturalmente a las mujeres.